



El Taller de la Amistad: un proyecto de la militancia político-humanitaria platense para hijas e hijos de víctimas del terrorismo de Estado

El Taller de la Amistad: a political-humanitarian project in La Plata for the children of victims of state terrorism

Daniela Pighin

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET),
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata,
Argentina
danielapighin19@gmail.com

Recepción: 15 diciembre 2024

Aceptación: 12 marzo 2025

Publicación: 01 junio 2025

Resumen:

El presente artículo tiene como objetivo analizar la experiencia del Taller de la Amistad de la ciudad de La Plata. Se trató de una experiencia iniciada por familiares de víctimas del terrorismo de Estado que se nucleaban en distintas organizaciones de Derechos Humanos platenses y tuvo como objetivo conocer e intervenir en la situación de hijas e hijos de militantes que habían sido el foco directo de la represión estatal. Este Taller se inició hacia el final de la última dictadura militar y funcionó hasta el año 1993, periodo en el que mantuvo vínculos con experiencias similares surgidas en otras localidades golpeadas por la represión. En ese marco, el capítulo indaga en la propuesta emocional, política y pedagógica que se desarrolló en el Taller de la Amistad.

Palabras claves: Taller de la Amistad, Infancias represaliadas, Posdictadura, Activismo humanitario.

Abstract:

This article analyzes the experience of the Taller de la Amistad in the city of La Plata. It was an experience initiated by relatives of victims of state terrorism, grouped in different human rights organizations in La Plata, and its objective was to learn about and intervene in the situation of children of militants who had been the direct focus of state repression. This Taller began at the end of the last military dictatorship and operated until 1993, a period in which it maintained links with similar experiences in other towns hit by repression. This article explores the emotional, political, and pedagogical proposal developed at the Taller de la Amistad.

Keywords: Taller de la Amistad, Repressed Childhoods, Post-dictatorship, Humanitarian Activism.

Introducción

En torno al año 1984, en la ciudad de La Plata comenzó a funcionar el Taller de la Amistad, un espacio organizado por familiares de víctimas del terrorismo de Estado y ex militantes políticas/os que se nucleaban en distintas organizaciones de Derechos Humanos. Dicho proyecto funcionó hasta el año 1993 y tuvo como objetivo conocer e intervenir en la situación de hijas e hijos de militantes que habían sido el foco directo de la represión estatal.

Este artículo recupera la experiencia del Taller de la Amistad como un proyecto de cuidado colectivo para las infancias represaliadas, en cuyo seno se produjo una socialización temprana entre las/os niñas/os. Asimismo, el recorrido indaga en las prácticas y los sentidos que se pusieron en juego en el espacio y analiza cómo se desarrolló allí el vínculo entre lo afectivo y lo político. Esto permitirá observar que, si bien el Taller se gestó en el marco del campo humanitario, no fue protagonizado exclusivamente por familiares de detenidas/os-desaparecidas/os, sino también por ex militantes de izquierda platenses. De esta manera, en el Taller entraron en juego las lecturas y acciones construidas por los familiares en torno al activismo humanitario y las experiencias vividas por las/os ex presas/os y exiliadas/os durante su militancia revolucionaria y en la resistencia a la represión.

Rescatar la historia de esta experiencia permite pluralizar el análisis sobre el activismo humanitario platense. Por un lado, al dar cuenta de un proyecto que vinculó a familiares de víctimas de la represión y a ex militantes revolucionarias/os de los años setenta. Y, por otro lado, al analizar el lugar que ocuparon las infancias y las prácticas afectivas al interior del movimiento de Derechos Humanos.

En un primer apartado, abordaré las instancias previas a la conformación del Taller y las redes político-afectivas que dieron lugar a la experiencia. En segundo lugar, voy a referir a la institucionalización del proyecto “Taller de la Amistad” a partir de 1984, haciendo hincapié en las actividades que allí se realizaban. Y, por último, daré cuenta de los actores, objetivos y estrategias que cimentaron la experiencia.

La *colonia* como impulso inicial del proyecto “Taller de la Amistad”

Desde su conformación en nuestro país, el accionar de las organizaciones de Derechos Humanos cubrió un espectro amplio de iniciativas frente a los casos de desaparición forzada: búsqueda de información, presentaciones masivas de habeas corpus, publicación de solicitadas, manifestaciones callejeras, acciones de difusión de objetivos y reclamos y el establecimiento de vínculos con las redes de exiliadas/os en el extranjero, con el objetivo de lograr denuncias e investigaciones ante estados u organismos internacionales (Alonso, 2011; Jensen, 2010).

Estas iniciativas, presentes en el imaginario público en torno a la labor de las organizaciones de Derechos Humanos, se complementaron con un repertorio de tareas de asistencia a detenidas/os, ex detenidas/os y exiliadas/os y de canalización de ayuda económica, legal y afectiva a los familiares (Alonso, 2011). Entre estas acciones de orientación y contención se puede enmarcar la experiencia de la *colonia*, iniciada en la ciudad de La Plata en torno a 1981. Para ese momento, algunos familiares de víctimas del terrorismo de Estado iniciaron una serie de encuentros con un pequeño grupo de hijas e hijos de militantes represaliadas/os. Estas reuniones, que comenzaron de manera artesanal e itinerante, son recordadas por sus protagonistas como los encuentros de la *colonia*.

El origen de la *colonia* se vinculó a la necesidad de resolver cuestiones prácticas referidas a las tareas del cuidado. En general, las niñas y los niños que participaron de la experiencia habían quedado a cargo de sus abuelas/os debido a la prisión política o a la desaparición forzada de sus madres y padres. En ese marco, era habitual que las/os niñas/os acompañaran a las personas adultas en las diferentes acciones de búsqueda y denuncia, instancias que solían estar rodeadas por un clima de dolor, angustia y frustración.

En ese contexto, los familiares más jóvenes que formaban parte del grupo de apoyo de Madres de Plaza de Mayo-La Plata pusieron en marcha una estrategia de acompañamiento con el objetivo de compartir tiempo con las niñas y los niños y generar más espacios de autonomía para que las madres de las/os desaparecidas/os pudieran continuar con las acciones de denuncia. Para ello, por ejemplo, cuidaban a

las/os chicas/os durante las marchas que las Madres realizaban los miércoles en la plaza San Martín, en las reuniones organizativas o cuando realizaban recorridas por comisarías y juzgados. Al respecto, Claudia Bellingeri indicó:¹

A veces también algunas Madres, para ir a la Plaza, nosotros les cuidábamos a estos mismos niños, que eran nuestros hermanitos más chiquitos y que había que cuidar. Otras veces íbamos nosotros también a la Plaza y ellos también iban. Era un acompañamiento que íbamos haciendo en el ámbito de lo privado y en el ámbito de lo público (Pighin, 2019a).

Si bien se trató de una iniciativa que surgió, principalmente, como parte de la ingeniería del cuidado, también estuvo guiada por criterios afectivos dado que, a través de los encuentros con las niñas y los niños, se buscaba crear instancias para acompañarlas/os en el clima doloroso que transitaban sus familias. En ese sentido, la idea de reunir a hijas/os de víctimas del terror estatal se gestó a partir de redes de contención y confianza que se habían generado entre los familiares al mismo tiempo que desarrollaban estrategias de búsqueda y denuncia. Es importante remarcar que el periodo histórico en el que se desarrolló la *colonia* continuaba siendo hostil para estos actores: se trataba aún del contexto dictatorial y tanto los Derechos Humanos como el reclamo por las/os desaparecidas/os no formaban parte del discurso público. Si bien existía mayor visibilidad sobre el problema de la represión, no había necesariamente una mayor legitimidad (Franco, 2015).

A partir de los primeros encuentros de la *colonia*, realizados de manera itinerante, los familiares buscaron crear instancias para dotarlos de cierta regularidad y, al menos cada 15 días, realizar alguna actividad recreativa: encuentros lúdicos, festejos de cumpleaños, o alguna actividad pensada específicamente para las/os chicas/os. De acuerdo a Ana Sabio,² quien formó parte de la organización del espacio, los encuentros no siempre tenían un itinerario de actividades establecido:

A veces simplemente era decir “bueno, vamos a tratar de juntarnos todos en tal plaza y jugar en la plaza”. Después fueron surgiendo ideas, de que alguien conocía un lugar, o alguien que podía hacer una función de títeres o una función de payasos. Siempre había algún compañero que andaba en la vuelta, haciendo ese tipo de cosas y al que podíamos recurrir [...] cuando nos podíamos organizar, nos juntábamos en algún lugar a tomar la leche, hacer un picnic, llevábamos canastitas, todo. (de Bonafini, 2022, p. 98)

Siguiendo este objetivo, en el verano de 1982, los jóvenes que habían iniciado los encuentros planearon una serie de jornadas para las/os niñas/os en la casaquinta que la señora Glader de Salomone tenía en la localidad de José Hernández.³ Allí no solo asistieron los impulsores del proyecto y las/os niñas/os, sino también algunas de las madres que integraban Madres de Plaza de Mayo-La Plata. Entre ellas se encontraban Laura Armendáriz de Rivelli,⁴ Hebe Pastor de Bonafini,⁵ Adelina Dematti de Alaye,⁶ Haydee Ramírez Abella,⁷ Zulema Castro de Peña,⁸ Gladys Harvey de Ponti,⁹ Edna Copparoni de Ricetti¹⁰ y Carmen Suárez Wilson de Diez (conocida como Reyna Diez).¹¹ Aprovechando los espacios de los que disponía la casaquinta, se organizó una agenda que les permitió reunirse dos o tres veces por semana durante todo el verano de 1982 para realizar actividades al aire libre como las que tradicionalmente se asocian a las colonias de vacaciones: juegos, deportes, música y pileta. Los familiares más jóvenes se encargaban de generar el espacio de recreación y socialización entre las/os niñas/os y las Madres se encargaban de la logística que requerían los encuentros: “llevábamos tortas, comida, todo lo necesario. Y ahí había pileta, había cancha de básquet, había mucha comodidad y la pasábamos re bien con los chicos” (de Bonafini, 2022, p. 101).

De esta manera, de esas primeras reuniones iniciadas en torno a 1981 se fue gestando algo más regular, más continuo, centrado en los problemas afectivos que transitaban las/os chicas/os. Se trataba de generar un espacio de cotidianeidad, de construir vínculos afectivos y lúdicos en un contexto de incertidumbre que no solo rodeaba a las/os más pequeñas/os, sino a toda la familia. Asimismo, el acompañamiento pasaba por entender que las/os adultas/os que estaban a cargo de esas infancias también estaban transitando una pérdida, una búsqueda y dificultades psicológicas, emocionales y económicas, producto del impacto de la desaparición forzada, el exilio o la prisión política de su familiar. Claudia Bellingeri señala esto al afirmar

que dichos encuentros se realizaron “con la idea de seguir estando juntos, que para nosotros era muy importante, con la idea de poner la mesa y de trabajar” (Pighin, 2019a).

De acuerdo a las estimaciones de sus organizadores, la comunidad que conformó la *colonia* se nutría de, aproximadamente, 15 niñas/os que tenían entre 3 y 9 años. Se trataba de chicas/os que vivían con familiares muy vinculados con las organizaciones de Derechos Humanos de La Plata, pero con el correr de los años se incorporaron nuevas/os niñas/os cuyas familias no necesariamente tenían una participación activa en dicho movimiento. De esta manera, el grupo se fue ampliando producto de los lazos que los familiares construyeron a partir de las diferentes acciones de búsqueda y denuncia, pero también de vínculos previos de militancia política, estudiantil, sindical y/o barrial que caracterizaban a las trayectorias de estos actores.

La etapa institucionalizada del Taller de la Amistad: la mudanza a la casa de 59

Hacia el año 1984, los actores que venían sosteniendo los encuentros iniciales decidieron organizar un Taller para hijas e hijos de víctimas de la represión que no solo funcionara de manera itinerante -como había sucedido con la *colonia*- sino que estuviera íntegramente dedicado a la organización y puesta en funcionamiento de actividades para las infancias y a la constitución de un espacio de sociabilidad entre estas/os niñas/os.¹² La idea fue construir:

un espacio donde los niños puedan encontrarse con otros que han vivido situaciones similares, saliendo así de la condición de sentirse únicos o distintos, un espacio donde va a ser querido, respetado y escuchado por personas que están para ayudarlo. (Taller de la Amistad, 1988)

Este objetivo se enmarcó en un proyecto más amplio impulsado por la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos-Desaparecidos (FEDEFAM), institución que -a través del Movimiento Ecuaménico por los Derechos Humanos (MEDH)- estableció vínculos con los organizadores del Taller platense. En ese contexto, y de manera contemporánea al Taller de La Amistad,¹³ se pusieron en funcionamiento otros espacios similares en diferentes puntos del país con el objetivo de abordar la cuestión de las/os detenidas/os-desaparecidas/os y de sus familiares desde el plano jurídico, médico-psicológico y desde diferentes tareas de solidaridad (Oviedo y Solis, 2006; Puttini, 2020).¹⁴

El Taller de la Amistad funcionó en una casa alquilada en la calle 59, entre 14 y 15, de la ciudad de La Plata. Se trataba de una casa “chorizo”, con patio y galería, que albergó los encuentros que comenzaron a realizarse cada sábado y que se sostuvieron de manera continua hasta el año 1988.¹⁵ A lo largo de esos años llegaron a asistir alrededor de 100 niñas/os. En algunos casos no tuvieron continuidad, o se acercaron en momentos específicos, y otras/os mantuvieron una regularidad por tener un vínculo más cercano con los organizadores y talleristas. El lugar contaba con tres habitaciones que permitieron separar las actividades que las/os niñas/os realizaban cada sábado. La materialidad de contar con un espacio propio, sumada al crecimiento de la cantidad de niñas/os y jóvenes que asistían a los encuentros, habilitó la diversificación y especialización de las actividades que se diagramaban para cada jornada. Ana Schaposnik¹⁶ recordó que:

Ahí ya había una gran cantidad de talleristas, con distintas actividades: teatro, educación física, plástica, mucha recreación de jugar entre nosotros, inventar cosas, nos divertíamos un montón [...]. Siempre inventábamos algo. Lo que nunca faltó en el Taller fue la creatividad para inventar cosas, siempre estábamos haciendo algo, aunque fuera reírnos, establecer vínculos, amistades. En ese sentido fue muy contenedor (Pighin, 2022).

En la casa de 59 la actividad no transcurría únicamente los sábados, sino que durante la semana se disponía del lugar para diferentes acciones. Por un lado, los organizadores acudían a planificar actividades o a realizar tareas de mantenimiento y administrativas. De esta manera, solía ser un espacio habitado de manera constante y al que las/os chicas/os se acercaban más allá de los encuentros de los fines de semana. Por otro lado, este espacio también acogió las reuniones de Familiares-La Plata, las reuniones organizativas del Taller del Sol¹⁷ y los encuentros de capacitación intertalleres.¹⁸

De acuerdo a los testimonios, la dinámica de cada sábado implicaba una reunión inicial de las/os adultas/os, el recibimiento de las/os chicas/os, su división en grupos y el desarrollo de las actividades planificadas. En general, cada grupo realizaba dos actividades y un espacio de reflexión por jornada de trabajo. Por ejemplo, se realizaban talleres de dibujo, de títeres y de aeromodelismo; actividades deportivas y lúdicas; talleres de teatro y de expresión corporal; así como actividades de apoyo escolar. También se gestionaban espacios para la circulación de la palabra: principalmente debates y charlas de reflexión. Por la tarde se tomaba la merienda y se iniciaba el recorrido para llevar a sus casas a las/os chicas/os que se acercaban al Taller en los autos que ponían a disposición los organizadores. Asimismo, en algunas ocasiones durante el año, se realizaban fiestas y peñas para recaudar fondos para los campamentos.¹⁹

Es importante destacar que las acciones llevadas adelante en el Taller de la Amistad no recibieron apoyo estatal. Si bien durante el gobierno de Raúl Alfonsín el Estado había comenzado a intervenir en políticas reparatorias en relación a las violaciones a los Derechos Humanos, estas se concentraron principalmente en el plano judicial y económico,²⁰ dejando vacantes las políticas vinculadas a las experiencias traumáticas y de salud mental (Lastra, 2019). En la entrevista a Ana Schaposnik, ella reflexionó en torno a este punto, reconociendo que el Taller de la Amistad fue:

una ayuda humana en el sentido de poner el cuerpo, de contener y de estar hasta que pasara un poco la crisis, pasara un poco el ataque, pasara un poco el llanto, el 'no sé qué hacer'. Mucha gente en situaciones de crisis, con esas realidades. De repente criar pibes que no son míos, que no sé dónde están los padres, un montón de historietas que las familias no sabían cómo hacer. Hoy hay un montón de cosas que no están resueltas, en ningún ámbito, pero en ese momento, posdictadura, a qué Ministerio ibas a ir, a qué oficina. Todo eso no existía, menos para nosotros. Para los hijos de desaparecidos, qué iba a haber, nada, nada. Todo eso se fue gestando con el compromiso, con la militancia, lo fueron haciendo desde ese lugar, no es que consiguieron un Ministerio y de ahí empezaron a laburar. Fue absolutamente al revés, desde poner el cuerpo y hacerlo (Pighin, 2022).

De esta manera, el afecto y el acompañamiento psicológico y pedagógico formaron parte central de las propuestas impulsadas desde el Taller de la Amistad.

Las niñas y los niños del Taller de la Amistad: desaparición y abandono forzado

Antes de avanzar con las prácticas desarrolladas en el Taller de la Amistad, me parece importante analizar el lugar que ocuparon las niñas y los niños en el proyecto, dado que esto permite dimensionar las significaciones que tuvieron estas infancias para sus organizadores en un contexto marcado por la violencia y el terror estatal.

Es importante señalar que la población de niñas/os que asistió al Taller transitaba una condición muy significativa y novedosa como lo era el fenómeno de la desaparición forzada. Al estudiar las formas en que los familiares de víctimas de la represión elaboraron la experiencia de la detención-desaparición, Ludmila Da Silva Catela ha demostrado que la categoría *desaparecido* se caracteriza por ser “una noción diferenciada, polisémica, que lentamente pasa a convocar un sistema de prácticas y creencias” (2001, p. 121). De acuerdo a la antropóloga, ante la ausencia del difunto, no fue posible para sus familiares llevar adelante los procesos materiales y simbólicos que tradicionalmente acompañan a la muerte. De esta manera, la familia y la propia comunidad -dado el carácter colectivo de la muerte en las sociedades occidentales- se vieron imposibilitadas de inscribir su duelo en la estructura sociohistórica (2001, p. 122). Frente a ello -y como resultado de la ausencia de un periodo de luto en el cual concentrar el dolor- se desconfiguraron las narrativas del sentido: aquellas representaciones que permiten ordenar y administrar el mundo, y cargar de sentidos lo cotidiano.

Gabriel Gatti (2011) también ha analizado las dificultades que acompañan al fenómeno de la desaparición forzada, caracterizado por constituir una inestabilidad estable, intensa y prolongada. Para el sociólogo, la desaparición forzada debe ser entendida como una “catástrofe para la identidad y el lenguaje moderno”. Por un lado, debido a que, a través del dispositivo desaparecedor (Calveiro, 1998), la identidad es arrasada, el cuerpo es separado del nombre, la muerte del duelo y el sujeto de su historia. De esta manera,

el detenido-desaparecido es un cuerpo sin identidad, un ausente presente que constituye un nuevo estado del ser:

la máquina digería individuos íntegros, entidades pensadas como la unión de un cuerpo, cambiante pero único, a una conciencia, cambiante pero esencialmente una. Producto de esa ingesta, la máquina expulsaba una figura nueva: el detenido desaparecido, sujeto, pero sujeto roto, identidad, pero pseudoidentidad. Simple pero poderosa acción la de la máquina: produjo nada menos, lo decía antes, que un nuevo estado del ser, un cuerpo separado del nombre, una conciencia escindida de su soporte físico, una identidad sin tiempo y sin espacio. Inventó el detenido-desaparecido (Gatti, 2011, p. 68).

Por otro lado, esa catástrofe del sentido se puede entender a partir de las limitaciones que encuentran el lenguaje y las estructuras cognitivas para hablar sobre la violencia extrema dado que la presencia de “una muerte que no lo es” quiebra los sistemas de calificaciones que organizan la vida cotidiana y, en muchos casos, evita que se construyan nuevas calificaciones que equilibren lo desajustado (Gatti, 2011, p. 174). En este marco, el abandono forzado²¹ que transitaban las hijas y los hijos de las/os detenidas/os-desaparecidas/os también se caracterizaba por la gran incertidumbre que rodeaba a los familiares adultos en torno a cómo acompañar emocional, psicológica y legalmente esa ausencia, sobre todo teniendo en cuenta que la detención-desaparición de los progenitores generaba “un cuadro que ha sido descrito como de *shock sostenido*. Un estado de crisis latente y prolongada, en el cual la angustia, el dolor, la incertidumbre y la búsqueda afanosa del ser querido continúan indefinidamente” (Guarino y Liwski, 1983, p. 11). De esta manera, lo trascendental de esta nueva categoría, la del detenido- desaparecido, tuvo efectos personales, familiares y comunitarios desestructurantes y generó una preocupación nodal en las/os adultas/os: ¿Cómo explicar esta catástrofe a las/os niñas/os?

Pablo Díaz²² señala esto muy bien al indicar que el Taller fue “una experiencia que te llevaba a comprender el tema de la ausencia en todo su significado porque vos tenías que hacer reír cuando sabías que la mayor angustia era que te preguntaran por su familiar” (Pighin, 2021c). Frente a ello, y con el objetivo de construir herramientas para acompañar estas experiencias, el trabajo de asistencia a las infancias que se desarrolló en el Taller de la Amistad abarcó diversas dimensiones que tuvieron como eje principal la construcción de un espacio para el cuidado colectivo y para la sociabilidad de hijas e hijos de víctimas de la represión.

El Taller de la Amistad como proyecto amoroso, pedagógico y político

Las actividades realizadas en el Taller de la Amistad demuestran que los organizadores del espacio buscaban construir una relación afectiva incentivadora y generar un espacio de contención para

devolver el juego, devolver un poco la infancia porque también éramos chicos que en algún punto tuvimos que madurar muy de golpe. Por más que teníamos 6, 7, 8 años, en lo emocional, en la forma de vincularnos, de relacionarnos al afuera, había algo de dar un salto, de estar parado en otro lado, aunque no lo quisieras (Pighin, 2018).²³

Como mencioné en el apartado anterior, las experiencias de clandestinidad y violencia generadas por el terror estatal habían afectado a las/os niñas/os de modo directo. En ese contexto, los afectos ocuparon un lugar central en la experiencia. La reflexión de Ana Schaposnik ilumina muy bien este punto:

Veíamos a los talleristas como si fueran nuestra familia. Establecimos un vínculo muy estrecho con ellos, de mucho cariño, mucha contención, mucho afecto, muchísimo afecto. Eso fue lo más fuerte y lo más lindo. Mucho afecto, era lo que no faltaba [...]. El contacto físico, los abrazos, besos. No sé si pasa en otros ámbitos. Yo conozco eso de niña, no sé si en otros ámbitos hay tanto de esa cosa de apapacho. Perla siempre me contaba eso, que rescataba esas sensaciones. Y yo también. Me acuerdo que íbamos de a cinco a subirnos a caballito de uno y lo volvíamos loco y estábamos horas colgados de los brazos de uno. Eso bien de familia que lo hacés con tus sobrinos, con tus hijos. Eso era: trasladar ese sentimiento familiar, esa ayuda, esa contención que lo hacés con tu familia, con otra gente que no es tu familia. El abrazo, el contacto físico contiene y ayuda un montón. Éramos reabraceros, vivíamos abrazándonos todos con todos. Desde ese lugar de afecto (Pighin, 2022).

Al respecto, Damián Perego²⁴ evocó:

Yo no sé si hubiese tenido un poco de la infancia corta y rápida que tuve porque me hice cargo de un montón de cosas muy temprano, pero ese pedazo de niñez que tuve, la tuve con el Taller. Tuve muchos amigos, hermanos y hermanas, tuve mucho calor (Mobili, 2018).

En las últimas décadas, el giro afectivo ha analizado el lugar de los afectos y las emociones en las experiencias políticas, cuestionando la separación estricta entre espacio público y privado y entendiendo su papel central como articuladores de la experiencia. De acuerdo a Cecilia Macon y Mariela Solana (2015), las emociones están inscriptas como prácticas sociales y culturales capaces de incidir sobre el lazo social y con capacidad performativa para transformar la esfera pública. Específicamente, en el estudio del Taller, es interesante destacar cómo la presencia del afecto es entendida por los actores que transitaban la experiencia como un elemento estructurante de su identidad y constitución personal. Las palabras de Cristian Tauil permiten reflexionar al respecto:

El lugar del afecto fue la piedra basal. Debe ser por eso que yo con mis hijas leí todos los Harry Potter y vi todas las películas. A mis hijas les gustó mucho esa saga porque, en algún punto, Harry aprendía que la diferencia de él con el malo, con Voldemort, es que él había sobrevivido gracias al amor de su madre y de su padre. Nosotros también fuimos sobrevivientes gracias al amor de nuestros padres [...]. Fue una época donde nosotros sobrevivimos gracias al amor que nos dieron, realmente, sobrevivimos gracias a eso, nos convertimos en hombre y mujeres gracias a eso (Pighin, 2021b).²⁵

Además del lugar central que ocupaba el afecto en la experiencia, las actividades propuestas en el marco del Taller de la Amistad también tenían como objetivo construir relaciones y proponer actividades que se sostuvieran a largo plazo. En un marco donde lo habitual era la privatización del daño y del dolor y la presencia del silencio, la propuesta del Taller se tradujo en una instancia de contención y de construcción de relaciones socializantes. De esta manera, su sostenimiento en el tiempo es evaluado positivamente por quienes participaron de la experiencia dado que favoreció el desarrollo de relaciones, diálogos y experiencias colectivas a largo plazo. Como menciona Perla Diez,²⁶ una de las organizadoras del espacio: “Esa continuidad, a mí me parece que estuvo interesante [...] era una demostración de que se puede continuar a pesar de que a uno le sacaron lo más importante, era una cosa vitalmente fuertísima” (“Infancias...”, 2018).

Asimismo, en la entrevista que mantuvimos, ella indicó:

Esa continuidad permitió que los chicos construyan una historia y que puedan “devolver la pelota”. Pablo, un tallerista del Colegio Nacional, que colaboraba en el Taller, siempre le tiraba la pelota a un niño que no se la devolvía. Pero, él insistía. Y, un día, se la devolvió. Me acuerdo la felicidad de Pablo porque el chiquito le devolvió la pelota. Esa es la síntesis del Taller de la Amistad: ese niño aprendió a jugar, aprendió a ser niño a pesar de que se llevaron a su papá y que su mamá estaba sumida en una depresión (Pighin, 2019b).

Otro elemento a destacar del proyecto del Taller de la Amistad se vincula a que era pensado como un ámbito para la recuperación de la palabra. Es importante tener en cuenta que las/os hijas/os de las víctimas del terror estatal tenían muchas dificultades para la sociabilidad. En general, no compartían sus experiencias debido al temor al rechazo y al resguardo al que se ceñían los familiares de las/os militantes políticas/os. Frente a ello, el Taller generaba el régimen de escucha que las/os habilitaba a moverse con naturalidad, sobre todo para quienes afrontaban mayores dificultades para abrir su historia familiar. Devolver la espontaneidad a las conversaciones, distraerlas/os de los problemas que atravesaban y permitirles soltura, parecen haber sido logros del Taller. Como mencionó Felipe Bellingeri:

El Taller fue una experiencia muy rica porque aprendí un montón de ejercicios de confianza. Tener confianza en el otro, empezar a charlar cuestiones que, en otro lugar, por la misma dinámica de la clandestinidad que nos tocó vivir, no podíamos charlar [...], todas esas respuestas las encontré en el Taller. La primera información real que nosotros tenemos de que nuestros padres podrían estar muertos es en el Taller de la Amistad (Mobili, 2018).

Este objetivo también cobraba sentido para las/os adultas/os que criaban a las/os niñas/os. Las familias que se acercaban al Taller vivían situaciones de incertidumbre ante la desaparición de sus familiares. Estas emociones no solo respondían a la ausencia de información sobre las/os detenidas/os-desaparecidas/os, sino también a cómo transitar dicha situación con las/os niñas/os. En ese sentido, desde el Taller se trataba de acompañar a las familias frente al impacto que representaba el terrorismo de Estado y respecto a cómo continuar la vida cotidiana de las/os hijas/os de las/os represaliadas/os.

En relación a ello, si bien al Taller no lo atravesaban todo el tiempo discusiones académicas, y la idea de compartir tiempo y afecto estructuraba gran parte de los sentidos que allí se gestaban, cuando la experiencia comenzó a formalizarse decidieron recurrir a un equipo de trabajo multidisciplinario para acompañar las experiencias traumáticas de las/os afectadas/os. De esta manera, para la experiencia del Taller también resultó central revisar saberes especializados en torno a la psicología, la psiquiatría, la pedagogía y el derecho. Dado que varios de los organizadores del Taller eran profesionales de dichas áreas, a medida que el proyecto se fue conformando como un espacio regular, convocaron a

psicólogos, gente que tenía alguna cuestión de estudios y que podía también sistematizar las experiencias, tener algún relevamiento de datos donde puedas ir a mirar. Me parece fundamental porque si no existía el Taller no es que vos ibas a otro lugar y podías saber qué pasaba con los hijos de los desaparecidos (Pighin, 2020).²⁷

Los estudios de Soledad Lastra (2021) han demostrado cómo en la posdictadura, Argentina se constituyó a nivel regional en un nodo de información central sobre los Derechos Humanos, dado que la represión estatal alcanzó niveles altísimos en la región. Las experiencias de prisión política, exilio, desaparición forzada y apropiación de niñas/os, impulsaron “la formación de espacios de denuncia y también de reflexión sobre la novedad de la represión vivida, que tuvo a los organismos de derechos humanos como interlocutores principales” (Lastra, 2019, p. 3). Entre ellos, el campo psi comenzó a analizar las consecuencias inéditas que los efectos del terrorismo de Estado generaron en el plano de la salud mental. Teniendo en cuenta que se gestó en ese mismo contexto, la experiencia del Taller entró en diálogo con los saberes de psicoanalistas, psiquiatras, médicos, asistentes sociales, pedagogos y abogados; y se constituyó como un proyecto que atravesaba diferentes dimensiones: pedagógica, emocional, psicológica y relacional.

Un ejemplo interesante sobre cómo se profesionalizaron las intervenciones en el Taller fue la creación de la Defensoría Integral del Menor, un espacio organizado por algunos de los actores que coordinaban el Taller de la Amistad y que apuntaba a resolver situaciones de orden legal que afectaban a algunas/os de las/os chicas/os que participaban del espacio. A medida que los organizadores del Taller se enteraron de casos de hijas e hijos de víctimas del terrorismo de Estado que se encontraban en contexto de encierro, por ejemplo, en comisarías o institutos de menores, entendieron la necesidad de generar herramientas de intervención específicas para dichas situaciones. La Defensoría se constituyó como un espacio diferenciado al Taller, pero que compartía el trabajo de diversos actores y que apelaba a generar ámbitos de trabajo conjunto entre las/os niñas/os y jóvenes que participaban regularmente del Taller de la Amistad y quienes se integraban desde el circuito de menores.

Confluencia entre activismo humanitario y militancia política-revolucionaria: los actores que sostuvieron la experiencia del Taller de la Amistad

Si bien en los inicios del Taller de la Amistad -y sobre todo en la experiencia inicial de la *colonia*- quienes impulsaron el proyecto fueron, principalmente, familiares de víctimas del terrorismo de Estado que integraban diversas organizaciones humanitarias platenses, a partir de 1984 -la etapa institucionalizada-²⁸ el entramado de familiares que había dado origen y sustento al espacio comenzó a ampliarse. Esto sucedió por la incorporación de algunas/os ex detenidas/os que, al salir de prisión, comenzaron a militar activamente en organizaciones de Derechos Humanos y que, a través de ese circuito, llegaron al Taller. Estos actores se incorporaron a la organización regular del espacio y también como talleristas. De esta manera, a partir de la institucionalización del Taller de la Amistad como un proyecto para el cuidado colectivo de hijas e hijos de

militantes represaliadas/os se observa una confluencia entre el activismo humanitario y las experiencias de militantes políticas/os que habían sufrido la represión estatal.

Para ese momento, si bien continuaba existiendo una militancia solidaria dentro del activismo humanitario, cada organismo de Derechos Humanos comenzaba a tener un perfil más específico e independiente. En ese marco, el grupo de actores que sostenía la experiencia del Taller militaba, mayoritariamente, en Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas y Gremiales de La Plata. De esta manera, las Madres que habían participado de la experiencia en su primera etapa disminuyeron su participación y el proyecto fue asumido íntegramente por los familiares más jóvenes y por los sobrevivientes del terror estatal que se habían ido incorporando al espacio.

No es un hecho menor que estos actores formaran parte de Familiares. Dicho espacio tenía una notoria participación de sobrevivientes del terror estatal dado que, a diferencia de Madres o Abuelas de Plaza de Mayo, se caracterizaba por ser una organización definida en términos familísticos, pero abierta a la incorporación de parejas y compañeras/os de las víctimas, así como de sobrevivientes del terrorismo de Estado. De hecho, Familiares fue el primer organismo de afectados directos que apeló al reclamo por la libertad de las/os presas/os políticas/os y a las campañas para mejorar las condiciones de su detención como lucha paralela a la causa de las/os desaparecidas/os. Asimismo, dicha organización se caracterizó por reponer el sentido político sobre la detención-desaparición y por vincular tempranamente al activismo humanitario con la militancia política. En el caso de La Plata, la figura que impulsó la conformación de Familiares fue Carmen Suárez Wilson de Diez (Reyna Diez), quien también tuvo una tarea central en la organización del Taller de la Amistad. Reyna tenía una larga trayectoria en el activismo político -principalmente anarquista-, en la docencia -había sido la primera decana de la Facultad de Humanidades de la UNLP-, y en la defensa de presas/os políticas/os. Teniendo en cuenta su trayectoria académica, política y en el activismo humanitario -y el lugar que ocupaba en Familiares- la figura de Reyna en el Taller de la Amistad tuvo un rol central en el acompañamiento y en las discusiones que los talleristas llevaban adelante para definir las prácticas y objetivos de la experiencia. Su presencia en el Taller se vinculaba principalmente a los encuentros intertalleres o a las reuniones semanales que los organizadores realizaban para llevar adelante su tarea.

Además de la confluencia que se produjo en el Taller entre activismo humanitario y militancia política, el espacio también funcionó como una instancia para la reinserción militante de las/os sobrevivientes del terror estatal, quienes le aportaron al Taller un repertorio de discursos y prácticas particulares. Es importante aclarar que, en ese contexto, la recuperación de la militancia no representó un accionar idéntico al que estos actores habían llevado adelante antes del proceso represivo de los años setenta, sino que implicó transformaciones respecto a cómo entendían la acción política y, en general, implicó reencauzar el compromiso social y político y encontrar otros espacios, distintos a los partidos revolucionarios de las décadas previas, para volver a militar (Ollier, 2009; Águila, 2019). El caso específico del Taller de la Amistad puede ser pensado como uno de esos espacios.

Por un lado, la reinserción militante de las/os sobrevivientes del terrorismo de Estado que comenzó a perfilarse en la experiencia del Taller de la Amistad puede ser entendida desde la contención afectiva, anclada en el compromiso colectivo con los padres de las/os niñas/os, quienes habían sido sus *compañeras/os* de militancia. Por otro lado, la reinserción militante estuvo vinculada a la construcción de redes de resistencia al modelo político y cultural impuesto por la dictadura. Para el desarrollo de ambos procesos resultó clave la importancia que el cruce entre lo afectivo y lo político había tenido para esa generación. El testimonio de Perla Diez, es muy ilustrativo sobre cómo lo político y lo emocional se entrecruzaron en el proyecto del Taller:

Había mucho entusiasmo, había mucha seriedad, y se iban conformando una serie de principios muy interesantes. Principios organizativos y políticos, no partidarios. Era una tarea muy política. Para empezar, era una reivindicación de la generación nuestra, de la generación de luchadores, una reivindicación de verdad, no panfletesca, desde las tripas. Si vos dabas el pellejo por mí, yo lo daba por vos, y lo iba a seguir dando por tus chicos (Pighin, 2019b).

Al respecto, Laura explica que participar del Taller era asumido como parte de un compromiso total en el que todos formaban parte de un colectivo, “pero no un colectivo que se une para hacer algo, sino un colectivo que vive, vivencia y ama y transcurre una etapa histórica en forma conjunta”. Más adelante agregó:

Salimos juntos de forma colectiva o no salimos y el Taller era eso, Me marcó un antes y un después en la forma de ver la política a través de los vínculos humanos. Lo vincular para mí es esencial, dar para el otro, y la coherencia. Hacerlo, sin discurso. Adentro de una casa podés recrear un país diferente [...] había mucho debate, ridículos a veces, sobre qué cosas se decían, qué cosas no. Si a la historia de los padres le sacas la armazón de vida, es un mamotreto ideológico. Eso era el taller: es volver a unir vida, militancia y que tiene sentido. Un país diferente tiene sentido si lo haces carne en tu vida (Mobili, 2018).

Asimismo, Bettina Priotti²⁹ remarcó:

no era ser excelentes en algo, sino crear vínculos que fueran importantes para estos pibes y para nosotros mismos, con algunos principios básicos de solidaridad, ayuda mutua, de que la cosa colectiva es mucho más rica que la individual, que todos tenemos nuestros saberes y que podemos aportarlos, que todos algo sabemos que el otro no sabe (Pighin, 2021a).

Bajo esas premisas, sostenidas por sus organizadores y ancladas en procesos de militancia política y humanitaria, el Taller de la Amistad permitió poner en marcha un proyecto que, si bien fue centralmente un espacio de contención afectiva, con el paso del tiempo, logró que las hijas y los hijos de las víctimas del terrorismo de Estado conformen un espacio de sociabilidad entre ellas/os, construyan sus propias conceptualizaciones identitarias y participen de nuevos proyectos de intervención social.³⁰

Consideraciones finales

El presente artículo abordó la experiencia del Taller de la Amistad de La Plata, espacio que reunió a hijas e hijos de víctimas del terrorismo de Estado en la postdictadura.

El recorrido por los inicios del espacio, a partir del estudio de la etapa de la *colonia*, permitió reconocer que para los actores que conformaban el activismo humanitario platense, las hijas y los hijos de las víctimas de la represión ocuparon un lugar preponderante. En un principio, dicho interés tuvo un objetivo centralmente afectivo, frente al impacto traumático del terrorismo de Estado; pero a medida que el proyecto se fue consolidando, estos actores lograron identificar problemáticas específicas y elaborar estrategias de acompañamiento para las infancias y para las familias afectadas por la violencia de la última dictadura militar.

El estudio de la experiencia del Taller de la Amistad también permitió observar que si bien las redes político afectivas del activismo humanitario platense fueron claves a la hora de impulsar el proyecto, este también se nutrió del vínculo entre familiares y sobrevivientes del terror estatal. Familiares de Desaparecidos y Detenidos Políticos y Gremiales de La Plata fue el espacio que articuló dichas trayectorias al reunir y generar instancias de trabajo conjunto entre familiares y ex militantes políticos que habían recuperado su libertad luego de experiencias de prisión política, exilio y desaparición forzada.

En ese marco, el Taller de la Amistad se caracterizó por poner en práctica el objetivo del cuidado colectivo de hijas e hijos de militantes represaliados y por constituir un espacio de socialización temprano entre ellas/os. Allí destacó el interés de los organizadores del Taller por *devolver la infancia* y por construir una relación afectiva incentivadora con las/os niñas/os, generando un ambiente donde primaba el afecto y donde se priorizaba su participación activa en juegos y actividades recreativas. Asimismo, desde el Taller se apeló a la *recuperación de la palabra* y a la construcción de relaciones y actividades que se sostuvieran a largo plazo.

En la consolidación de estos objetivos fue clave la articulación y el trabajo conjunto entre sobrevivientes y familiares de víctimas del terrorismo de Estado. Estos actores fueron claves para la construcción comunitaria que se gestó en el Taller a partir de las experiencias que habían transitado en la vida militante y en la resistencia a la represión. Asimismo, el trabajo conjunto entre familiares de las víctimas de la represión y sobrevivientes del terror de Estado también permitió poner en tensión la idea de la narrativa humanitaria

como modo dominante de explicar el pasado de violencia política y represión estatal. La presencia de estos actores visibilizó que las organizaciones de Derechos Humanos también se nutrieron de la voz de los sobrevivientes que, en buena medida, tenían la voluntad de recuperar su identidad política.

Fuentes

Pighin, D. (2018). Entrevista a Clarisa Moura. Inédito.

Pighin, D. (2019a). Entrevista a Claudia Bellingeri. Inédito.

Pighin, D. (2019b). Entrevista a Perla Diez. Inédito.

Pighin, D. (2021a). Entrevista a Betina Priotti. Inédito.

Pighin, D. (2021b). Entrevista a Cristian Tauil. Inédito.

Pighin, D. (2021c). Entrevista a Pablo Díaz. Inédito.

Pighin, D. (2022). Entrevista a Ana Schaposnik. Inédito.

Pighin, D. (2020) Entrevista a Pía Ríos. Inédito.

Referencias

- Águila, G. (2019). La izquierda argentina, entre la dictadura y la transición democrática: notas para su estudio. *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, 23(2), 277-304.
- Alonso, L. (2011). *Luchas en plazas vacías de sueños. Movimiento de derechos humanos, orden local y acción antisistémica en Santa Fe*. Prohistoria Ediciones.
- Calveiro, P. (1998). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Colihue.
- Da Silva Catela, L. (2001). *No habrá flores en la tumba del pasado*. Ediciones Al Margen.
- de Bonafini, H. (2022). *Madres de Plaza de Mayo: filial La Plata*. MEVEJU.
- Franco, M. (2015). La «transición a la democracia» en la Argentina frente a las cristalizaciones de la memoria. *Caravelle*, 104, 115-131.
- Gatti, G. (2011). El lenguaje de las víctimas: silencios (ruidosos) y parodias (serias) para hablar (sin hacerlo) de la desaparición forzada de personas. *Universitas Humanística*, 72, 89-109.
- Guarino, Mirta y Liwski, Norberto (1983). *Hijos de desaparecidos: secuelas del abandono forzado*. Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos.
- Guglielmucci, A. (2015). Transición política y reparación a las víctimas del terrorismo de estado en la Argentina: algunos debates pendientes. *Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina*, 4(5), 24-42.
- Mobili, E. (2018). *Infancias y resistencias en tiempos de dictadura* (2018). Diálogos colectivos.
- Jensen, S. (2010). *Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura*. Sudamericana.
- Lastra, María Soledad (2021) (comp.). *Exilios y salud mental en la historia reciente*. Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Lastra, M. (2019). “Dejar de ser síntoma con el silencio”: La inscripción del exilio-retorno en el campo de la salud mental en la postdictadura argentina (1983-1986). *Tèmpo*, 25(2), 498-519.
- Macon, C. y Solana M. (2015). *Pretérito indefinido: afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. Título.
- Oviedo, S. y Solis, A. (2006). *Violencia institucionalizada y formas de resistencia social: Los organismos de Derechos Humanos en Córdoba durante la dictadura* [Tesis de grado], Universidad Nacional de Córdoba.
- Ollier, M. (2009). *De la Revolución a la Democracia: cambios privados, públicos y políticos de la izquierda revolucionaria*. Siglo XXI.
- Puttini, M. (2020). *Hijos e hijas por la identidad y la justicia contra el olvido y el silencio, regional Córdoba. Resignificación de las demandas de memoria, verdad y justicia durante la segunda mitad de la década del 90'*. [Tesis de grado], Universidad Nacional de Córdoba.
- Schneider, L. (2020). Neoliberalismo y políticas reparatorias. Apuntes para un debate en Argentina. *Revista Jangwa Pana*, 19(2), 313-330. <https://doi.org/10.21676/16574923.3477>

Notas

1 Claudia Bellingeri actualmente es Directora del Programa Justicia por Delitos de Lesa Humanidad de la Comisión Provincial por la Memoria e integrante de H.I.J.O.S.-La Plata. Durante la década del ochenta formó parte de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas y Gremiales de La Plata. Su padre Aníbel Bellingeri, militante de PROA (Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos) permanece desaparecido desde junio de 1977.

2 Militante exiliada en Suecia e impulsora del Grupo de Apoyo a Madres de Plaza de Mayo en ese país. Antes de su exilio, y luego de la desaparición de su compañero, Ana colaboró con Madres-La Plata.

3 Alice Glader de Salomone, Madre de Cecilia Noemí Salomone (detenida desaparecida el 15 de abril de 1977).

4 Su hijo Roberto Abel Rivelli era estudiante de arquitectura y militante del Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS). Fue secuestrado y desaparecido en octubre de 1976. Laura fue una activa militante de Madres de Plaza de Mayo. Falleció el 11 de febrero de 2004.

5 Presidenta de la Asociación Madres de Plaza de Mayo hasta su fallecimiento el 20 de noviembre de 2022. Sus hijos Jorge y Raúl Bonafini, militantes del PCML, fueron detenidos-desaparecidos en febrero y diciembre de 1977 en La Plata.

6 Su hijo Carlos Alaye, militante de la Juventud Universitaria Peronista y Montoneros, fue detenido-desaparecido en Ensenada en mayo de 1977. Adelina fue una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo de La Plata y cumplió un rol muy activo en diferentes comisiones y organismos de derechos humanos de la ciudad. Falleció el 24 de mayo de 2016.

7 Haydee y su esposo, Carlos Ramírez Abella, fueron activos militantes de Derechos Humanos en La Plata, tras la desaparición de seis miembros de su familia. Lograron recuperar y criar a su nieto, Arturo, que había sido secuestrado junto a sus padres y a los hijos de su sobrina. Haydee militó en Madres de Plaza de Mayo hasta su muerte en 1996.

8 Zulema y su esposo fueron importantes militantes del activismo humanitario tras la desaparición forzada de sus hijos Jesús e Isidoro. Desde los inicios, Zulema formó parte de Madres de Plaza de Mayo y su marido fue cofundador de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos en La Plata.

9 Madre de Daniel Carlos Ponti, militante de la Juventud Peronista y trabajador de Propulsora Siderúrgica, detenido desaparecido desde noviembre de 1976.

10 Edna formó parte de Madres de Plaza de Mayo de la ciudad de La Plata. Su hijo, Ariel Ricetti, fue secuestrado y desaparecido por la dictadura militar en 1978.

11 Carmen Josefina Suárez Wilson de Diez, conocida como Reyna Diez. Académica, docente y poeta. Reyna militó desde su juventud. Fue la primera decana mujer de la Facultad de Humanidades de la UNLP y formó parte de Madres de Plaza de Mayo. Fundó Familiares de Detenidos Desaparecidos y Presos por Razones Políticas y Gremiales de La Plata y representó a la Argentina en FEDEFAM. Reyna tuvo un rol clave en el período de institucionalización del Taller de la Amistad.

12 Durante 1983 se dieron los primeros pasos para la conformación de este Taller con la organización de encuentros entre las/os niñas/os en la guardería "Burbujas". Dicha guardería fue un proyecto de reinserción laboral para ex presas/os y exiliadas/os, financiado por el Movimiento Ecuaménico por los Derechos Humanos. Durante los días de semana, este proyecto permitía que las/os ex presas/os políticas/os puedan autogestionar un espacio de trabajo y los sábados ofrecía un lugar de reunión para los encuentros con hijas e hijos de militantes represaliadas/os. La guardería estuvo a cargo de ex militantes setentistas y sobrevivientes del terror estatal como Perla Diez y Eduardo "el sapo" Schaposnik.

13 De acuerdo a los testimonios, este nombre fue elegido por las niñas y los niños que participaban del espacio a través de una votación.

14 En ese contexto, y de manera contemporánea al Taller de La Plata, funcionaron las experiencias de Córdoba, con el Taller "Julio Cortázar"; de Rosario, con el "Había una vez"; el Taller "Inti Huasi", de Santiago del Estero; y el espacio de la Parroquia Nuestra Señora de los Remedios, en el barrio porteño de Mataderos.

15 A partir de 1988 el Taller comenzó a funcionar en una nueva vivienda ubicada en la calle 69, entre 120 y 121, de la ciudad de La Plata. Posteriormente, los organizadores del espacio adquirieron un terreno en Villa Progreso, localidad de Berisso, donde se realizaron los encuentros hasta 1993.

16 Ana Schaposnik es trabajadora estatal del área de turismo de la Provincia de Buenos Aires. Es hija de Eduardo "el sapo" Schaposnik (preso político entre 1976 y 1982) y de Diana Conde (detenida – desaparecida desde marzo de 1978). Luego de quedar a disposición del Juzgado de Menores de Mar del Plata, Ana vivió con sus abuelos paternos en Venezuela hasta 1983 y, tras la libertad de su padre, regresó a la Argentina. Asimismo, durante los años noventa participó de la agrupación HIJOS-La Plata.

17 El "Taller del Sol" fue un taller para niñas y niños del barrio obrero de Berisso. Surgió como iniciativa de estudiantes de la Escuela Normal N°3 de La Plata. Inicialmente asistieron para la celebración del Día del Niño y luego iniciaron un trabajo semanal para desarrollar actividades artísticas y de recreación con los chicos del barrio. Al reunirse en la casa de 59, también participaron de algunas actividades del Taller de la Amistad e, incluso, jóvenes del Taller se sumaron como "talleristas" a la experiencia de Berisso.

18 En dichas reuniones se reflexionaba sobre los objetivos y las prácticas de los talleres de apoyo integral a las infancias; se generaban vínculos con profesionales de diversas áreas que pudieran aportar experiencias y conocimiento a los proyectos, y se trazaban redes de trabajo conjunto.

19 Los campamentos se iniciaron en la etapa de la *colonia* y se sostuvieron durante todos los años que funcionó la experiencia del Taller de la Amistad. Para ello, las/os organizadores construyeron redes de solidaridad que les permitieron sostener una actividad que consideraban central para el vínculo entre las/os niñas/os.

20 Me refiero a la creación de la CONADEP, en 1983; al proceso judicial a las cúpulas de las Fuerzas Armadas, en 1985; a las leyes reparatorias en términos laborales (Ley 23238/1985 y Ley 23278/1985); y al otorgamiento de pensiones no contributivas para familiares de desaparecidos, en 1986 (Ley 23466) (Guglielmucci, 2015; Schneider, 2020).

21 En tanto se caracterizaba por una orfandad generada por la acción violenta y estigmatizadora del Estado represor, sin existir una voluntad de abandono por parte de sus padres.

22 Pablo Díaz, sobreviviente del terrorismo de Estado. Estuvo detenido-desaparecido en el centro clandestino de detención “Pozo de Banfield” hasta su legalización y paso a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN). Pablo fue secuestrado junto a otros estudiantes secundarios de la ciudad de La Plata en lo que se ha conocido como “La noche de los lápices”.

23 Clarisa participó del Taller de la Amistad desde los primeros encuentros. Es hija de Perla Diez (ex presa política y una de las organizadoras del espacio) y de Jorge Moura, secuestrado y desaparecido desde marzo de 1977.

24 Damián participó del Taller de la Amistad desde sus primeros encuentros. Es hijo de Carlos Perego, detenido-desaparecido desde 1976.

25 Cristian comenzó a asistir al Taller en su adolescencia. Es hijo de Roberto Tauil, detenido-desaparecido desde octubre de 1976.

26 Perla fue una de las figuras centrales en la organización y puesta en funcionamiento del Taller de la Amistad. Fue presa política desde febrero de 1975 hasta abril de 1982. Al salir en libertad, Perla militó en Familiares y finalizó sus estudios de psicología.

27 Silvia María Pía Ríos Armelin es profesora de Artes Plásticas y de Historia del Arte en la UNLP. Militó en la agrupación HIJOS- La Plata. Sus padres Juana María Armelin y José Ignacio Ríos, militantes del PCML fueron secuestrados en 1978 y trasladados al circuito ABO. Luego del secuestro, Pía y su hermano Camilo, fueron derivados al Instituto de Menores “Mercedes de Lasala y Riglos”, en la localidad bonaerense de Moreno, hasta que sus tíos maternos lograron asumir la tutela.

28 Con “etapa institucionalizada” refiero a un período de mayor organización en torno a la división de tareas entre los actores que sostuvieron la experiencia y a una mayor sistematización de las prácticas que se desarrollaron en el marco del Taller. Si bien en torno a esa época también se formalizó el nombre y se tramitó la personería jurídica, el funcionamiento del Taller nunca respondió a una formalización burocrática y/o estatal, ni apeló a una reglamentación o estatuto.

29 Bettina Priotti es militante por los derechos humanos y por los derechos de las mujeres. Luego de la desaparición forzada de su hermano, en 1976, colaboró en la conformación de la APDH y Familiares La Plata.